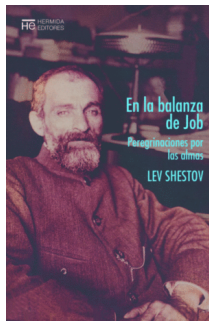


El arte de la filosofía

Javier Alcoriza Vento
javieralcorizavento@gmail.com



Lev Shestov: *En la balanza de Job. Peregrinaciones por las almas*, trad. de Alejandro Ariel González, Madrid, Hermida Editores, 2020, 551 pp.

En el ámbito metafísico no hay cocineros con su «bien» y su «mal». Allí reina un «demonio» sobre el cual ni siquiera tenemos derecho a suponer que esté interesado en cualesquiera «normas». Porque las normas surgieron entre los cocineros y fueron creadas por ellos. ¿Qué necesidad hay de transferir toda esa «empiría» a los sitios a los que «huimos» para ampararnos de la empiria? Todo el arte de la filosofía debería dirigirse a liberarnos del «bien» y del «mal» de los cocineros y carpinteros, es decir, a buscar el límite más allá del cual el poder de los conceptos generales cesa.

Estos últimos años, Hermida Editores ha puesto a nuestra disposición varias obras de Lev Shestov (1866-1938), *Apoteosis de lo infundado* (2015), *Atenas y Jerusalén* (2018), *Potetas clavium. El poder de las llaves* (2019) y *En la balanza de Job. Peregrinaciones por las almas* (2020). Se trata de un esfuerzo editorial mantenido en el tiempo, un proyecto ambicioso, cuyos frutos parecen estar ya a la vista. Los títulos mencionados jalonan la carrera completa de Shestov, autor de numerosas obras, desde *Shakespeare y su crítico Brandes* (1898) hasta la póstuma *Especulación y revelación* (1938). Shestov ya había sido traducido al castellano del francés, en ediciones sudamericanas, pero no cabe duda del criterio integrador y fidedigno que ha guiado el reciente trabajo de traducción de Alejandro Ariel González.

Por lo demás, los nexos entre las obras publicadas por Hermida resultarán notorios al lector en cuanto se familiarice con el pensamiento de Shestov. Vale la pena observar que el último volumen editado, *En la balanza de Job*, se cierra con un texto de réplica a una crítica que había recibido Shestov por la tercera parte de *Potestas clavium*, «*Memento mori*». En su réplica a Jean Hering, Shestov ironiza sobre el uso que podría hacerse de ciertas citas bíblicas para responder a sus comentarios sobre Husserl. Shestov, atento lector de Husserl, sabe lo lejos que quedan esas referencias del trabado discurso de Husserl sobre la filosofía como ciencia estricta. El texto de Shestov, titulado «¿Qué es la verdad? (Sobre la ética y la ontología)», deja clara una vez más su deuda con lo que llamaría osadamente «filosofía bíblica». La filosofía bíblica, que escaparía, no obstante, a una contraposición esquemática entre Atenas y Jerusalén, presta atención a aquellas expresiones que desbordan el marco del conocimiento ideado por la filosofía griega, asimilado por el cristianismo durante toda la Edad Media y reproducido ampliamente en el pensamiento moderno. Shestov quiere retener la palabra filosofía en su sentido radical. La teoría del conocimiento que sigue los pasos de la certeza científica se habría olvidado de la sabiduría. La sabiduría, «la voz de las más profundas y serias vivencias interiores», podía vislumbrarse en el relato del Génesis, en las *Enéadas* de Plotino o en los escritos de Lutero. Esa voz tendría más que ver con la afirmación que con la apología de la fe. Como le confiaría en una de sus conversaciones a su discípulo Benjamin Fondane, «se cree en Cristo para evitar creer en Dios». Una de las entradas más elaboradas de «Osadías y sumisiones», la segunda parte aforística de *En la balanza de Job*, lleva por título *Sola fides*. En contraposición a lo que significa la apertura a la Biblia –a «leer la Biblia como a Platón»– y a descubrir en la fe una «nueva dimensión» del pensamiento, la filosofía especulativa habría planteado una comprensión del mundo alejada de las pasiones humanas. Shestov no se cansaba de repetir la consigna de Spinoza: *non ridere, non lugere, neque detestari, sed intelligere*. El hombre, como parte de la naturaleza que se propone estudiar, acaba por someterse a la misma necesidad que rige en el mundo. La coherencia de ese planteamiento quedaría salvaguardada, explica Shestov, con el paso de la ontología a la ética, tras las aportaciones del estoicismo antiguo y la filosofía poskantiana. Su visión crítica de la historia de la filosofía, sin embargo, no hace de él solo un portavoz, por así llamarlo, de Jerusalén frente a Atenas. Shestov no ha sido el primero –ni sería el último filósofo– en dar a entender que en la tensión entre Atenas y Jerusalén reside el secreto de una vitalidad inexplorada. La suya es otra manera de recordarnos que ignorar ese contraste implica acallar voces que se superponen a toda idea de progreso espiritual en la historia. Como en el caso de la religión o el arte, el lenguaje de la filosofía nace en el tiempo, pero no obedece por completo a su época. En su último escrito, con valor testamentario, «En recuerdo de un gran filósofo: Edmund Husserl», escribió: «Mi primer profesor de filosofía fue Shakespeare, con sus palabras enigmáticas, incomprensibles, amenazadoras y melancólicas: «El tiempo está fuera

de quicio». De ahí el carácter intempestivo de la escritura de Shestov, tan similar, en ciertos momentos, a la de Nietzsche. Shestov es un atento lector de la soledad en que tiene lugar la revelación que invita, antes que a la discusión, a la lucha por la verdad existencial. La prerrogativa de las ideas generales queda asociada en su obra con una estructura de pensamiento que somete al individuo. Apartado de Occidente por su origen ruso, Shestov se habría distanciado de la vinculación de lo religioso y lo político que ha resultado de la historia del cristianismo. Con todo, su manera de aproximarse a la literatura y la filosofía está igualmente alejada de todo asomo de nacionalismo cultural. Aunque es capaz de escuchar y calibrar las imprecaciones del hombre del subsuelo de Dostoyevski, no sigue al novelista en sus proclamas eslavófilas. En «La noche de Getsemaní», en la tercera parte de *En la balanza de Job*, acompaña a Pascal al borde del precipicio de la fe, pero retrocede ante la pretensión de fundar una causa teológica sobre su disenso. Shestov ha identificado los pasajes textuales en los que la experiencia de la fe resulta contrapuesta a la investigación racional para recordarnos que no tenemos que considerar irremediable la posición hegemónica de la ciencia en el pensamiento moderno. En este sentido, su punto de vista responde al del historiador de la filosofía, que somete a crítica el divorcio entre hechos y valores sobre el que se habría fundado, por cierto, la precedencia de las ciencias sociales frente a las humanidades. Por lo demás, toda forma de institucionalización religiosa y científica traicionaría la libertad de expresión que había hallado su arquetipo en el hombre adánico. La historia de la Caída, según Shestov, debe ser leída como el relato de la fe que aún puede mover a los hombres. El pecado no ha estado tanto en la desobediencia como en la «soberbia diabólica» de un deseo de conocimiento que haría en adelante prescindibles a los dioses. La semejanza entre Dios y el hombre habría quedado vetada por un pensamiento que se proponía, sin embargo, trascender este mundo imperfecto. Los argumentos de Spinoza resultarían irrefutables, una vez que todo el debate había de dirimirse sobre la base de las verdades eternas, de la filosofía «verdadera» frente a la «óptima». Recordemos la posición singular que Shestov atribuye a Spinoza en el capítulo «Hijos e hijastros del tiempo» para ilustrar los versículos de Isaías sobre el enviado de Dios. Solo una figura de esa envergadura puede servir al filósofo para expresar la magnitud de la empresa intelectual de Spinoza, que habría consistido en erigirse en el adversario más formidable de la Biblia:

Al igual que el profeta Isaías, Spinoza oyó la voz de Dios: «¿A quién enviaré, y quién irá por nosotros?». Y él respondió: «Heme aquí, envíame a mí». Y cuando Dios le ordenó que fuera y hablara a todos los pueblos del mundo, Spinoza fue y les dijo esas terribles palabras que ya he citado: la voluntad y la razón de Dios tienen tanto en común con la voluntad y la razón del hombre como la constelación del Perro Mayor con el perro, el animal que ladra. Dicho de otro modo: eso que dice la Biblia de que «el hombre fue creado a imagen y semejanza de Dios» es una mentira y una invención.

A mi juicio, un valor permanente de la lectura de Shestov tiene que ver con esa audacia para oír la voz de los filósofos más allá de sus palabras, como si la distinción entre lo esotérico y lo exotérico dependiera aquí menos del público al que se dirige que de la índole de la verdad a la que se enfrentan: la de las «revelación de la muerte» frente a las seguridades a las que habríamos confiado la rutina de nuestras vidas. La lectura de *En la balanza de Job* puede brindar esa oportunidad de despertar del sueño de una razón que ha tratado de llevar hasta las últimas consecuencias el desencanto del mundo en que vivimos: «No debemos buscar argumentos que no existen, sino nuevas palabras de encantamiento». Shestov es el menos doctrinario y uno de los más valientes escritores filosóficos: «No hay verdad donde reina la coacción». Con su apuesta incondicional por el elemento de sorpresa o revelación sobre el que se mueve nuestra existencia (una llamada de atención sobre el prejuicio de creer que conocemos tan bien la naturaleza como a nosotros mismos), ocuparía una posición similar, salvadas las distancias, a la de los trascendentalistas americanos. Las palabras de Thoreau sobre la «atmósfera matutina» en el contexto natural de *Walden* podían anticipar la advertencia del filósofo ruso respecto a la lección de Génesis: «Lo que más odia el hombre es la revelación, pues la revelación es un despertar, una liberación de las cadenas de las verdades *inmateriales* a las que los descendientes del caído Adán están tan habituados que, por fuera de ellas, la propia existencia les parece inconcebible». Tampoco le habría disgustado leer a Shestov que la confianza en sí mismo, sobre la base de las «verdades evidentes por sí mismas» que apuntan a una convivencia constitucional, es la aversión a la conformidad. Su dictamen, tras sopesar «la balanza de Job», sigue iluminando a todo aquel que se aproxime al arte de la filosofía: «Sé que realizar en la tierra este ideal de emancipación de la verdad y el bien es imposible; lo más probable es que tampoco sea necesario. Pero presentir la libertad suprema sí le ha sido dado al hombre».

.....
JAVIER ALCORIZA VENTO es licenciado en Historia del Arte por la Universitat de València, doctor en Filosofía por la Universidad de Murcia y profesor de Literatura en enseñanza secundaria. En 2004 leyó su tesis doctoral *El poder de la escritura. Un ensayo sobre la ética literaria de Henry Adams*. Ese año fue también galardonado con el Premio Fray Luis de León de Ensayo por *La ética de la Literatura*.